

NOSOTROS QUEREMOS PEDIR JUSTICIA, PERO NO QUEREMOS VIOLENCIA: UN ESTUDIO SOCIOLÓGICO SOBRE UN ESTALLIDO SOCIAL EN UNA CIUDAD BONAERENSE

DOSSIER

EVANGELINA CARAVACA - evangelinacaravaca@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IDAES-CONICET).

FECHA DE RECEPCIÓN: 02-06-17

FECHA DE ACEPTACIÓN: 05-10-17

Resumen

El artículo propone un análisis sociológico de un estallido social en una ciudad bonaerense. Para ello se examinan distintas fuentes, entrevistas en profundidad y notas periodísticas entre otras, con la intención de dilucidar las relaciones sociales de los actores en y con el espacio en su vínculo con las violencias colectivas.

El texto tiene como objeto de análisis un conjunto de eventos que tomaron lugar en la ciudad de Baradero (provincia de Buenos Aires) en el año 2010. A través de la reconstrucción y análisis de un estudio de caso se indaga en las dinámicas espaciales y los vínculos de éstas con las violencias colectivas en la Argentina contemporánea.

Palabras clave: Violencia – Estallido social – Espacio

Abstract

The article proposes a sociological analysis of a social outbreak in a Buenos Aires city. In order to do so, we examine different sources, interviews in depth and journalistic notes among others, with the intention of elucidating the social relations of the actors in and with the space in its bond with the collective violence.

The text has as object of analysis a set of events that took place in the city of Baradero (province of Buenos Aires) in the year 2010. Through the reconstruction and analysis of a case study one investigates in the space dynamics and the ties of these with collective violence in contemporary Argentina.

Keywords: Violence - Social outbreak - Space

Introducción. Violencias colectivas y espacios: cómo pensar un hecho social con forma espacial

Si hay un fantasma que recorre América Latina es el de las violencias. “*América Latina es la región más violenta del mundo*”, “*Tasas de homicidios imparables de San Pedro Sula, Caracas y Acapulco*” son frases que bien pueden estar presentes en programas de televisión como en informes de organismos locales e internacionales. Las violencias serían, entonces, un problema de la región que tendría múltiples caras, actores y dilemas.

En base a números públicos resonantes que detentan por ejemplo las mayores tasas de homicidios del mundo en Honduras (en la ciudad de San Pedro Sula) seguido por Venezuela (en la ciudad de Caracas) América Latina es construida como un espacio atravesado por una multiplicidad de violencias donde la separación entre las esferas estatales y privadas parecieran disolverse.

Sobre este punto, Taussig (1996) nos ayuda a pensar en el lugar de la violencia en la construcción sociológica del Estado. Su reflexión sobre el problema de la violencia, en las tensiones de lo *legítimo e ilegítimo*, nos permite pensar que en el Estado moderno la relación entre burocracias, violencias y Estados resulta inescindible. Quizás hoy resulta una verdad de Perogrullo sostener que el Estado no es una unidad y menos aún, un espacio que tienda a la armonía. Por el contrario, se encuentra atravesado siempre por disputas, tensiones y luchas que constituyen y dinamizan su funcionamiento.

Alba Vega y Kruijt (2007), por otro lado, consideran que luego de las dictaduras latinoamericanas el teatro de la violencia se fragmentó en la región: las violencias políticas, que atravesaron gran parte de las décadas del 60, 70 y 80 darían paso a nuevos escenarios de violencias y mercados ilegales donde se yuxtaponen lo legal y lo ilegal, lo estatal y lo privado. De esta forma, las reconfiguraciones del poder en América Latina se inscriben en una reorganización de la hegemonía mundial. Un proceso socio histórico que se inicia en los años '70 en concordancia y sintonía con la instauración de dictaduras institucionales de las fuerzas armadas. La transformación en los modos, actores e intensidades de las violencias en las últimas décadas marca entonces una gran paradoja: la región es considerada una de las más violentas del mundo aunque no se desarrollen guerras entre países (Rebón y Gamallo, 2014). Y si bien las violencias tuvieron una presencia con

intensidades variadas aunque continúa (estatales, para estatales, revolucionarias, políticas, “pandilleril” por mencionar sólo algunas) el carácter “novedoso” de estas violencias es objeto de debates e intercambios académicos.

Aun así diversos estudios son coincidentes: en estas “nuevas violencias” se encuentran una variedad de actores sociales, recursos y performatividades que superar a las elites y a las fuerzas de seguridad como actores privilegiados y/o centrales. Es posible incluir en estas “nuevas violencias” a las callejeras, la criminal, los estallidos sociales y revueltas, la paramilitar y parapolicial entre otras (Auyero y Berti, 2013). Y, en este proceso se habría provocado un cambio de énfasis marcando un paso de la “violencia política” a la “violencia social” la cual incluiría la interpersonal entre otras.

Pero además, estos cambios nos habilitan a pensar en las transformaciones en las percepciones, y en nuestro caso en particular, en las matrices de entendimiento que vuelven inteligibles a estas violencias “novedosas” en la región en general y en la Argentina en particular.

Entonces, pensar las violencias en su amplio abanico nos conduce a reflexionar sobre las formas específicas que asumen éstas en correspondencia con las formas de organización del poder político, los repertorios morales y los valores vigentes que las tornan *aceptables o inaceptables, merecidas o inmerecidas, justas o injustas* en un contexto social específico (Calveiro, 2006).

Pero no sólo nos referimos a las violencias en general, sino a un tipo específico: aquellas que llamamos colectivas. En particular, en este artículo nos interesa destacar tres aspectos centrales que ponen en juego las violencias colectivas: son masivas en tanto es difícil precisar el número de participantes, son públicas en tanto se llevan adelante en el espacio público y además, son extra institucionales en tanto movilizan los canales informales para vehicular ciertas demandas (Rebón y Gamallo, 2013).

Y si bien la problemática de la multitud tiene una temprana presencia en las ciencias sociales, como vector para pensar los cambios profundos del orden social en la transición del siglo XIX al siglo XX (en los sustanciales aportes de Durkheim, Freud, Tarde y Canetti entre otros) las formas en que ésta es nominada sigue siendo un tópico de disputas. ¿Cómo nombrar a la multitud? ¿Cómo pensar esta noción en relación a la de “pueblo”? ¿Qué

estatus le damos a los actores sociales en la multitud? ¿De qué forma pensar los procesos de latencia y producción de la multitud?

En este punto resulta inevitable mencionar la clásica referencia de Gustave Le Bon de 1895 “Psicología de las masas”. En particular, el impacto de su obra, su transformación en un fenómeno de ventas en los inicios del siglo XX siendo tempranamente traducido en diversas latitudes. Sin ir más lejos, la cercana obra de Ramos Mejía, “Multitudes argentinas” de 1899 muestra el fuerte impacto de este trabajo, no sólo en el pensamiento de este autor, sino también, en las incipientes ciencias sociales argentinas.

La búsqueda incesante de organizar semánticamente un caos persigue a estos autores y define en gran medida lo que será una preocupación central de la sociología argentina: masa, multitud, pueblo serán conceptos que guiarán las empresas de investigación desde los inicios del siglo XX generando debates y combates.

Y si a multitudes nos estamos refiriendo, en el caso argentino saqueos, estallidos sociales y más recientemente, linchamientos tomaron lugar en el espacio público en las últimas décadas de manera esporádica. Aunque sabemos que resulta difícil ordenar y vincular estas acciones colectivas, tan complejas y diversas entre sí, en las últimas dos décadas fueron conformando formas arquetípicas en que se expresaron ciertas violencias colectivas en los espacios públicos.

Entonces, con el propósito de reflexionar sobre las formas arquetípicas que adoptan las violencias colectivas en la Argentina nos decidimos a analizar un estallido social. El caso elegido para su estudio tuvo la particularidad de acontecer luego de la muerte de dos jóvenes motociclistas en 2010 en la ciudad de Baradero (provincia de Buenos Aires).

Diremos a lo largo del texto que los eventos analizados son concebidos en tanto una manifestación espacial que ponía de relieve, entre otros aspectos, una fragmentación social: los jóvenes, sus amigos, sus familiares, circulan por el centro de la ciudad pero no habitan ese espacio. O más bien su presencia es construida por ciertos actores como inmerecida. Y su visibilidad (y sonoridad) es narrada como un problema sobre el cual se debe intervenir. De allí que su presencia motorizada sea entendida como invasora o extraña, cuando no amenazante. Es así que lo que nos convoca es pensar las dinámicas específicas que despliegan ciertas violencias colectivas en el espacio.

Para ello identificamos que en nuestro caso (pero resultó ser un característica extendida) la muerte de jóvenes, sumado a las implicancias de agentes estatales en dicha muerte, suele funcionar como disparador de las acciones colectivas. Esto, en tanto y en cuanto, la muerte violenta en plena juventud irrumpe con una fuerza particular en la experiencia y en la imaginación del colectivo social, produciendo un hecho a la vez notorio y memorable (Carozzi, 2006).

En este sentido, fue posible advertir que el desencadenamiento de las violencias colectivas despliega ciertos rasgos comunes: la muerte de un joven de la periferia de la ciudad, percibida con o sin fundamento como consecuencia directa de una “exceso” policial-estatal, provoca el estallido inicial. A partir de esta instancia, la víctima pasa a ser transformada en un mártir que debe ser vengado mediante múltiples operaciones y represalias. En este punto, la emoción, la solidaridad y los rumores, generan una rápida escalada de violencia. El sentimiento de injusticia resulta en este esquema determinante en una economía moral de las multitudes. En un mismo sentido, los estallidos sociales pueden ser concebidas como manifestación pero también como otras formas de “emotividad callejera”, las cuales pueden ser definidas como tomas de posesión colectivas de espacios públicos (Mauger, 2007).

Son entonces acciones colectivas que dejan marcas en el espacio dinamizando temporalidades y espacialidades particulares, nutriendo el imaginario social de lo que concebimos como espacio. Además, los reclamos y pedidos de justicia ante el fallecimiento de jóvenes, en cuyas muertes se encuentran implicados funcionarios estatales (tanto como partícipes o encubridores) constituye una parte significativa de la protesta social de las últimas dos décadas. En ellas son los familiares de las víctimas las que paulatinamente han tomado el espacio alzando un voz pública legítima y potente.

Finalmente, el artículo recupera fragmentos y análisis desarrollados en mi tesis doctoral “Nunca fuimos violentos”. Violencias colectivas y dilemas morales. (2017) dirigida por el Dr. José Garriga Zucal. Agradezco especialmente a los/as evaluadores/as de este artículo por sus pertinentes observaciones y aportes a este trabajo.

Metodología

En primer lugar, posicionados en un enfoque metodológico cualitativo se buscó indagar en espacios urbanos por fuera de las grandes áreas metropolitanas. Esta elección se sustenta en la identificación de un número considerable de investigaciones sociales sobre violencias colectivas que analizan espacios y problemáticas situadas, en general, en áreas metropolitanas (Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Neuquén, Jujuy entre otras). Resulta menos frecuente el abordaje de preguntas sociológicas en ciudades intermedias por fuera del campo de los estudios rurales, que tienen una extensa tradición en la sociología argentina.

Con este propósito realizamos una etnografía en la ciudad de Baradero en la provincia de Buenos Aires entre los años 2010 y 2016. Y, en primera instancia la investigación nos permite decir que mirada con detenimiento la vida colectiva en Baradero muestra una diversidad de dinámicas y prácticas sociales relevantes para el análisis social. Pero no solo eso sino que también se advierte que tales prácticas sociales resultan claves para pensar en las dinámicas espaciales y la relación de éstas con las violencias colectivas en la Argentina reciente.

Pero además, y con riesgo de decir una verdad de *perogrullo*, aquello que a la distancia puede remitir picaresco en términos locales pone en funcionamiento relaciones, rituales y conflictos sociales relevantes y cuando no, ordenadores de la vida social.

Además, el trabajo de campo en ciudades pequeñas lleva implícito para el investigador una pretensión fallida pero igualmente estimulante: la idea de que allí habitan fenómenos sociales abarcables y de algún modo, más aprehensibles que en las grandes urbes. Pero el trabajo sostenido en ciudades de esta característica arroja que menos caras no simplifican un problema social. La dimensión urbana delimita la forma en que nos acercamos a un objeto pero no retiene complejidad del mismo.

Fue allí que surgieron preguntas que atravesaron el propio desarrollo del trabajo de investigación: *¿Es posible pensar las ciudades intermedias con categorías de análisis de trabajos situados en regiones metropolitanas?, ¿Las dinámicas sociales son particularmente distintas?, ¿De qué modo?* Pero especialmente, nos preguntamos: *¿Qué tanto importa el dónde cuándo estudiamos violencias colectivas?*

En relación a los materiales empíricos que se examinan los mismos resultaron variados tanto en el tipo (entrevistas, notas periodísticas, fotografías e intercambios en grupos de Facebook) como en el valor heurístico que desplegaron para el análisis social. La diversidad de fuentes de análisis se sustenta en la búsqueda de reconstruir un panorama de intercambios y disputas sociales más abarcativo que el que nos proporcionaban las entrevistas en profundidad.

Pero además, el acercamiento a fuentes diversas se tornó necesaria para reconstruir las dinámicas sociales específicas que, siguiendo a G. Mauger (2007) toman lugar en la denominada por el autor *revuelta de papel*: las narraciones e intercambios identificados en distintos medios de comunicación no deberían pensarse por fuera de las violencias colectivas que abordamos como objeto. En tanto describen, explican, seleccionan y ordenan la percepción y la apreciación sobre las violencias, formarían parte de esta “*revuelta de papel*” inscripta en el marco de una historia de las violencias de Estado y de una historia de las revueltas populares.

Lo que nos convoca con la noción de “*revuelta de papel*” es la preocupación por la construcción de evidencias que le permitan al investigador hablar del sentido de las prácticas de los actores buscando con la misma desnaturalizar categorías aplicadas a las violencias colectivas: la utilización de la categorías “*político*”, “*no político*”, “*organizado*”, “*espontáneo*” e incluso “*antipolítico*” circulan en el mundo social operando como herramientas de luchas simbólicas para definir la legitimidad y hasta la “*dignidad*” de ciertas prácticas colectivas (Mauger, 2007).

Entonces, si las violencias colectivas son reproducidas por los entrevistados a través de descripciones y evocaciones más-menos precisas, las mismas se encuentran entramadas con discursos y construcciones de ciertos medios de comunicación, especialmente radio, prensa gráfica y redes sociales en donde se propicia no sólo el intercambio de mensajes sino también relatos posibles, y deseables, sobre estas violencias.

Violencias colectivas: un análisis sociológico a través de la categoría de revuelta de papel

El domingo 21 de marzo de 2010, a las 9 de la mañana, llegó el primer móvil de televisión a la plaza Mitre. Baradero amaneció en el medio de un estallido social y algunos vecinos llegan a la plaza con ropa de cama. “*Me enteré cuando puse TN*”, dice Marcelo. Comerciante local quien administró durante años un puesto de comida en la plaza Mitre y dice “*Haber visto todo*” (Marcelo, 55 años).

En este apartado desarrollamos un relato controlado de un estallido social ejercicio analítico llevado adelante por Mauger en “*La revuelta de los suburbios franceses, una sociología de la actualidad*” (2007). Entonces, al análisis etnográfico (que incluye entrevistas en profundidad y observaciones) sumamos los informes editoriales, declaraciones e intervenciones políticas entre otras, que describan y expliquen las violencias que nos convoca analizar.

En relación a las actividades metodológicas, realizó en primera instancia un fichado de medios (dos diarios online y dos radios) a partir del cual se construyó un panorama acerca de los actores y discusiones relevantes, en tanto de dominio público, en relación a nuestro interés inicial (me refiero al conjunto de eventos que toman lugar el 21 de marzo de 2010). Se realizaron un total de 27 entrevistas en profundidad con la intención de reconstruir un conjunto plural de voces y discursos que no sólo definen sino que disputan las nociones de violencias. Por otro lado, atentos al sesgo que supone identificar relaciones y conflictos sociales a partir de un fichado de medios (que implica necesariamente un recorte del recorte), la selección de las entrevistas también resultó posible gracias a la técnica de la “*bola de nieve*”: insertos en una red de entrevistados que paulatinamente nos fueron presentando otros, en algunos casos no tan públicos que, en sus palabras “*debía conocer*”. De todas formas, resalta en los y las entrevistadas la participación en debates, intercambios radiales y periodísticos a nivel local adquiriendo en algunos casos - como los familiares de víctimas - un estatus público relevante.

Entonces, el análisis de fuentes periodísticas - de distribución local y nacional-, entrevistas en profundidad y videos, muestra una coincidencia: el estallido social del 21 de marzo de

Imagen 2: Comienzos del estallido.



Fuente: www.radioe99.com (23/03/2010)

Ese domingo de fin de verano, a las seis de la mañana, una moto tirada junto a dos personas heridas coincidió con la vuelta de los bailes de muchos jóvenes. Junto a la moto, la camioneta de tránsito que, según testigos, provoca el accidente en una persecución por no usar casco. Un testigo asegura que la camioneta los persigue por dos cuadras, y al chocarlos los desestabiliza y esto provoca el accidente. Pero además, asegura que la camioneta no frena ante el choque, ni presta atención a las víctimas continuando con su trayecto. A la espera de la ambulancia, comienza a juntarse gente alrededor, mayoritariamente joven aunque no mucho más tarde se irán sumando otros vecinos que se despiertan con la noticia.

Dos rumores resultan claves en los momentos previos al estallido: por un lado, la creencia compartida acerca de la persecución. Por otro, el presunto abandono de la camioneta luego del accidente. Dos rumores que van a desplegar una fuerza legitimadora para los eventos que configuran el estallido. La primera acción que toma lugar es la quema de la camioneta municipal que se encontraba cerca de la moto.

Imagen 3: camioneta de Control de Tránsito incendiada.



Fuente: www.radioe99.com (23/03/2010)

A las 8 de la mañana, la camioneta era incendiada y con ella la posibilidad de determinar fehacientemente qué tipo de participación tuvo en el accidente. Lo que mediáticamente se narró como una “*escalada de violencia*” tiene en el incendio de la camioneta el punto de partida.

Las sirenas (de ambulancias, policías y luego bomberos) van a funcionar como un *toque de reunión* para los vecinos que aún no se habían enterado de los eventos. Los bomberos llegan a las 8.30 a controlar el fuego de la camioneta y convencen a los presentes del peligro evidente de que el fuego se extienda a casas cercanas. El fuego de la camioneta aún estaba siendo controlado por los bomberos cuando a tres cuadras, en la plaza principal de la ciudad (Mitre) comienzan las primeras piedras frente al municipio.

Sobre los sucesos que dan inicio al estallido hay pocas precisiones. Algunos entrevistados mencionan al padre de Miguel, una de las víctimas arrojando una piedra al municipio y rompiendo un vidrio. A las nueve de la mañana el Palacio Municipal, ubicado frente a la plaza Mitre estará rodeado. Los medios locales coinciden en el número de personas que comenzó a reunirse en la plaza: cerca de dos mil personas que van y vienen.

Dos factores resultan claves para comprender las dinámicas que se pusieron en movimiento: el estallido conjugó acciones colectivas en un espacio considerado el corazón cultural la ciudad.

Es frente al Palacio Municipal, el cual materializa espacialmente el núcleo de poder local, donde toman lugar las acciones evidenciando los vínculos entre los espacios sociales y la construcción simbólica del poder. Sobre este punto, Neiburg (2003) sostiene: “*Geertz habló de la existencia de “centros” que animan la vida social y que constituyen las arenas de eventos*

trascendentales en los procesos de constitución y recreación del carisma. (...) Geertz mostró que lo esencial de tales centros no es su posición geográfica sino el hecho de estar “cerca del corazón” cultural de aquellas sociedades” (Neiburg, 2003: 227).

Fue allí que comprendimos que estudiar estallidos sociales, pero también otras formas de violencias colectivas, implica necesariamente reflexionar sobre la dimensión espacial. En el amplio abanico de la acción colectiva el espacio configura mucho más que un telón de fondo o un escenario: entre espacio y acción colectiva se da una relación de orden recursivo, de mutua influencia (Kuri Pineda, 2013). Y, en el marco de este artículo nos ocupamos de analizar ciertas violencias colectivas que, parafraseando a Simmel (1986), son posibles de ser pensados como hechos sociales con forma espacial. Allí que nos preguntamos qué lugar ocupa el espacio al momento de analizar ciertas dinámicas sociales y sus vínculos con las violencias colectivas.

Pensando en términos espaciales, el estallido es considerado como tal por su localización: desde las nueve de la mañana lo que comienza a ser “atacado” no es otra cosa que ese centro que anima la vida social, espacio consagrado al núcleo duro del poder local.

La espacialización, en tanto las dimensiones, dinámicas y prácticas espaciales de una acción colectiva es parte constitutiva de su escenario y consolida a la vez un determinado contexto de surgimiento. Es decir, el contexto espacial es parte constitutivo del escenario y éste cristaliza un mapa de tensiones y disputas sobre sus usos y sus definiciones. Entonces, si el espacio en tanto espacio físico, pero como encarnación del espacio social (Bourdieu, 2002), es un campo de disputas, esto no debe hacernos perder de vista que los espacios, particularmente los públicos, se encuentran profundamente jerarquizados y atravesados por sistemas de clasificación y usos permitidos y prohibidos. Hablamos así, de un espacio mediado por los poderes y como tal, desigualmente distribuido.

Por otro lado, artículos publicados en la prensa local como en las entrevistas realizadas coinciden en describir la “*marcada juventud*” de quienes fueron colmando la plaza. Una nota publicada en el diario La Nación, hace referencia a la juventud y a una suerte de “expertise” para el estallido:

“Con habilidad propia de quienes saben cómo encender gomas durante protestas, algunos manifestantes jóvenes, con rostros cubiertos, arrojaron los neumáticos dentro del edificio municipal” (La Nación, 22/03/2010).

La mención al “*rostro cubierto*” y la “*habilidad para encender gomas*” configuran dos claves de un discurso que naturaliza la violencia como una práctica que sería propia de los sectores juveniles. En el marco de esta lógica, los jóvenes no sólo son construidos como cobardes (por cubrir su rostro) sino que además, serían “*hábilmente violentos*”. Pero además, la nota anuda valores que operan de una forma similar sobre otra práctica de movilización fuertemente estigmatizada desde mediados de los años: me refiero a la clara alusión a la práctica piquetera que incluye el corte de ruta pero también muchas veces el ocultamiento del rostro como una estrategia de seguridad de los propios participantes.

Cerca de las diez de la mañana el ataque con piedras, bombas molotov improvisadas y cubiertas se extendió desde el Palacio Municipal a la Dirección de Inspecciones, el Registro Civil y el Concejo Deliberante y una radio local.

Al mismo tiempo, era atacada la casa de los padres del Secretario municipal de Tránsito. Un concejal local se para delante del edificio municipal y pide a los presentes que paren los destrozos. Junto a él, una mujer abraza una bandera. Para ese entonces, el edificio municipal y todos sus anexos se habían incendiado. La respuesta frente al pedido del concejal resulta contundente: recibe una piedra en la cabeza y se retira.

Imagen 4: concejales frente al Palacio Municipal.



Fuente: www.radioe99.com (24/03/2010)

Frente a la Dirección de Inspecciones y el Registro Civil, un grupo de al menos treinta jóvenes, hombres y mujeres, tiran piedras y rompen los vidrios. Algunas mujeres buscan a sus hijos y les exigen que dejen la plaza. La llegada de la policía bonaerense e infantería es resistida con piedras e insultos. La policía arroja balas de gomas y comienza a dispersar la

zona. La marcada presencia de jóvenes, en su mayoría menores de veinte años, configurará para ciertos actores locales al estallido como una “estrategia política” en la cual los jóvenes no tendrían un rol más que de “*meros ejecutores*”.

La mención a la categoría de “infiltrado” detenta un lugar de importancia entre las matrices de entendimiento dominantes sobre la jornada. El uso de la noción alude a un sujeto que no sería un participante “real” de los eventos sino un mero instrumento político y es usada como explicación del estallido en distintos niveles (local, provincial y nacional) deslegitimando al tiempo que “despolitiza” las prácticas transformando a los participantes en *ejecutores*.

Más aún, los discursos públicos dominantes buscaron ubicar el estallido en el marco de una “*agitación política*” que se aprovecharía del dolor. Daniel Scioli, entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, declaró:

“Hubo infiltrados que aprovechan cuando hay una situación de esta característica para llevar adelante agitaciones políticas con episodios de violencia. He visto con claridad, como siempre, las miserias de agitadores políticos que se expresan aprovechando el dolor y la buena fe e indignación de la gente (Gobernador Scioli, Fuente: Clarín 23/03/2010).

En una misma línea, el intendente local asegura en una conferencia de prensa que:

Los que comenzaron los destrozos no son familiares de los chicos muertos. Prueba de eso es que se robaron siete motos de la Municipalidad (Carrosi, Fuente: Diario Clarín 21/03/2010).

De manera que el estallido es construido por ciertas voces dominantes como una ventana de oportunidad para el delito, la violencia y el “oportunismo político”. Estos discursos públicos sobre el estallido, que contribuyen también a la “revuelta de papel”, coexisten, claro está, con relatos que disputan la “versión oficial” de los hechos:

La verdad de la pueblada...No fue un acto político...Sino un pueblo pidiendo justicia. Acá no había política ni nada detrás de un pueblo pidiendo justicia. Estamos cansados de que la gente muera en nuestra ciudad y nadie haga nada. Dejemos de ser hipócritas y no culpemos al pueblo de vándalos y de ladrones. Los ladrones fueron 8 y se llevaron motos del hall del registro civil. Gente inadaptada que no quería justicia como todos... sino el bien propio...por Giuliana y Portu...justicia!!!! (A. 29/03/2010)

El fragmento citado acompaña la publicación de un video en la plataforma Youtube. Reúne una serie de imágenes y videos tomadas por usuarios en ocasión del 20 de marzo. Propicia

además un rico intercambio en la sección *comentarios* donde nuevamente se disputa la “*real incumbencia*” de los participantes.

Las violencias colectivas, vimos, movilizan saberes y prácticas que luchan por su definición (y, por lo tanto, por su legitimación o condena). Y si bien hay violencias frente a las cuales parecería haber respuestas unánimes (contra los niños e individuos indefensos y contra los animales), lo cierto es que nunca estamos frente a un todo homogéneo como cuestionador de las violencias. Cuando un colectivo social se manifiesta contra algún tipo de violencia, pensar en un todo homogéneo supone realizar un proceso de licuación de las diferencias.

Pero además, si bien no hay un todo homogéneo frente a las violencias, es posible advertir la existencia de ciertas matrices que permiten pensar en la constitución de un discurso dominante o una versión oficial de los hechos.

Allí que sostuvimos una hipótesis en el marco de la cual se daría la presencia de dos matrices de lectura que atraviesan al contexto sociocultural en el cual se inscribe nuestro caso: por un lado, una matriz vinculada a la seguridad como problema público donde las violencias serían una “*epidemia social*” en el marco de la cual la “*comunidad se encuentra vulnerada*”. Matriz que además se encuentran marcada por culturas de seguridad local en términos de Galar (2015), con casos resonantes y umbrales más bien locales, en cuya lógica resultan claves el carácter público de ciertas muertes violentas, en ocasión de robo pero también en accidentes de tránsito.

Por otro lado, una matriz de lectura vinculada a una agenda amplia de los DD.HH donde las violencias y sus implicancias son construidas con un especial énfasis en la noción de violencia estatal/institucional y allí radicarían justamente sus responsabilidades. Estas dos matrices se manifiestan en el espacio público en la construcción de una “*versión oficial de los hechos*”: disputándose rituales y formas de ser y estar en la calle, se traducen en una serie de prácticas e intervenciones que luchan por definir, condenar y consagrar una versión de los hechos.

Con todo, se sostiene que un estallido social implica necesariamente que diversas prácticas sociales tomen lugar al mismo tiempo. El estallido, además, supone temporalidades y espacialidades novedosas que en este caso implicó que algunos de los participantes se acercara al edificio municipal, aún en llamas, y tomarán motos confiscadas previamente por

los agentes de tránsito. Pasado el mediodía, las fuerzas policiales lograron controlar las acciones y no hubo detenidos. La lluvia por su parte colabora para frenar los incendios.

El lunes 22 de marzo el velatorio de los jóvenes se realizó en el gimnasio del Colegio Industrial al que asistían. Al menos cuarenta motos acompañan al coche fúnebre desde el Colegio hasta el cementerio municipal.

Luego del entierro, el reclamo de justicia va a reunir cerca de mil personas en una marcha que va a recorrer el lugar del accidente y terminar en el Palacio municipal. El padre de Miguel va a solicitar explícitamente “no politizar” el caso:

"Esta no es una marcha política. Nosotros queremos pedir justicia, pero no queremos violencia" (Daniel, 40 años).

Imagen 5 y 6: movilizaciones en Baradero luego de la muerte de los jóvenes.



Fuente: www.radioe99.com (24/03/2010)

La marcha del 22 de marzo es descrita en los medios locales como una “*Marcha del silencio*”. Sobre este último punto, es importante mencionar que en las últimas dos décadas, los reclamos colectivos y pedidos de justicia ante el fallecimiento de jóvenes en cuyas muertes se encuentran implicados funcionarios estatales han conformado una parte significativa de la protesta social.

En este sentido, el caso "María Soledad" resulta pertinente para analizar una forma de protesta en donde, por un lado, quienes reclaman ponen de manifiesto el vínculo del Estado con un determinado crimen (tanto como cómplice del encubrimiento y/o responsable directo del crimen en cuestión), y por otro lado, se despliega una novedosa forma de protesta que se consagra en el repertorio de acción colectiva (las "marchas del silencio").

El lunes 29 de marzo, cerca de 700 personas marcharon al Palacio Municipal. Esta vez con un pedido de renuncia del intendente firmando por seis mil locales. Con el estallido del 21 de marzo se da inicio a un proceso de movilización que tiene en los familiares de las víctimas sus principales interlocutores. Y en sus intervenciones el estallido social no dejará de estar presente: las manifestaciones que se organizan se promueven en oposición a una violencia que es construida bien como "oportunista" o "sin sentido".

Espacios y violencias/ Violencias en el espacio: a modo de cierre

El 21 de marzo a la tarde cuando fui al velatorio de los pibes en el Colegio Industrial no reconocí a nadie. Ni de vista. Entré a la escuela, caminé por el patio interno y por el externo, entré al aula donde velaban a Portu y Giuliana y no conocí a nadie. Claro, porque ya no sos de Baradero, me explican. Pero sin embargo, cuando voy al bar aún reconozco a la mitad de los que veo. No vi a nadie de clase media en el Industrial. Eso digo. Vi con lágrimas en los ojos muchas caras de pibes y pibas que no se mueven por donde yo me muevo cuando vuelvo (Genoud, 2010: 14).

Como ya hemos mencionado a lo largo del texto, buscamos pensar a los estallidos como un hecho social con forma espacial.

Genoud, autor de una crónica sobre la jornada que nos convoca analizar, es un periodista descendiente de una familia suiza que creció en Baradero. En su texto menciona un aspecto central sobre el 21 de marzo: la fragmentación social y espacial como procesos sociales yuxtapuestos que cuesta en ocasiones diferenciar o al menos, distinguirlos. Una suerte de solapamiento entre ambos que los torna, por momentos, indistinguibles.

Cuando el autor se sorprende por no reconocer a nadie en el velatorio de los jóvenes explicita la forma en la que una manifestación espacial se anuda a una problemática social: los jóvenes involucrados en el accidente, sus amigos, sus familiares circulan por el centro de la ciudad pero no habitan ese espacio. Y como dijimos, su visibilidad puede ser

construida como un problema. En este sentido, el fenómeno de la fragmentación se expresa como una ruptura que constituye espacios sociales con identidades marcadas. Es así como este fenómeno pone en juego las identidades colocando en escena nuevos conflictos sociales (Shapira, 2001).

Porque como mencionamos al inicio del texto, en la ciudad existe un conjunto de regulaciones y de reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos posibles (y deseables del espacio). Y, por debajo de los que se nos aparece como “caótico”, “ruidoso”, existe un orden social complejo y jerárquico que moldea usos y tensiones sobre el espacio.

En un mismo sentido, la fragmentación y dispersión urbana nos conduce a pensar en los modos en que los distintos sectores sociales se distribuyen en la ciudad. Y esta particular y jerárquica distribución está ligada también a la construcción de la figura de lo peligroso, de aquello que es construido como “lo violento” del orden social. Así fue que concebimos al espacio público como un campo de disputas sociales en el marco del cual diversos actores sociales tienden a naturalizar un sistema de posiciones y de relaciones en el espacio donde *“existe un conjunto de regulaciones y de reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos”* (Segura: 2012, 188). En este sentido, entendemos a los estallidos, protestas y reclamos de justicia en tanto prácticas sociales y espaciales que nos permiten hablar, también, de los sistemas de posiciones y relaciones en el espacio urbano.

Por otro lado, comprendimos a las manifestaciones, estallidos y concentraciones frente a ciertas muertes en tanto fenómenos urbanos ligados a la invención de la calle como un espacio concreto para la protesta social. Si entendemos que la calle es tan antigua como la ciudad, su configuración contemporánea surge en el siglo XX como producto de una transformación funcional y morfológica. Es en el siglo XX que la calle se consagra como un lugar eminentemente político (Fillieule y Tartakowsky, 2015). Y es justamente en las calles que en las últimas dos décadas hemos asistido a cambios importantes en las formas en que lo que entendemos (y construimos analíticamente) como protesta social.

Finalmente, creemos que a través de la descripción y análisis del caso de estudio es posible pensar en las formas particulares en que se espacializan ciertas matrices de entendimiento dominantes frente a las violencias. Así, espacio y conflicto social se conjugan en una suerte

de tablero urbano que puede plasmarse en ciertas acciones colectivas (en una diversidad que incluye violencias colectivas pero también “*marchas del silencio*”).

Porque además lo que en términos locales es construido en tanto singular (“*esto sólo ocurre aquí*”) convive con la construcción de series y apelación a casos que explicarían aquello que lo local no agota. También, cuando los recursos a los que se apela no son necesariamente locales (en tanto hablamos de matrices mayores) lo singular radica en la apropiación y territorialización de las mismas. Una suerte de “Derechos Humanos a la Baradero”.

En un mismo sentido, en esa intersección nacional-local opera la serialización como un sistema clasificatorio relevante: Ingresan como un recurso dador de legitimidad la referencia a otros casos emblemáticos, locales y nacionales, que detentan una función pedagógica evidente: la referencia a otros casos (*María Soledad y el 19 y 20 de diciembre el 2001 como la gran pueblada nacional por mencionar algunos*) coloca los casos en un serie que puede ser comprendido como un patrón. Así, las tensiones en torno a las violencias colectivas conjugan al tiempo que delimitan y clasifican ciertas acciones colectivas en el espacio público.

De esta forma el estallido del 21 de marzo fue entendidos en tanto una manifestación espacial que ponía de relieve, entre otros aspectos, una fragmentación social: los jóvenes, sus amigos, sus familiares, circulan por el centro de la ciudad pero no habitan ese espacio. Y su visibilidad (y sonoridad) fue construida como un problema sobre el cual se debe intervenir. De allí que su presencia sea entendida como invasora o extraña, cuando no amenazante.

Finalmente, si bien no fue el objeto central del artículo es importante destacar los efectos sobre el honor de las víctimas y de aquellos considerados responsables al aparecer en la prensa local operando como un arma de doble filo que al tiempo que puede amplificar una demanda de justicia puede mancillar la honorabilidad de víctimas y familiares. Allí que el status específico de ciertos comentarios e intercambios a través de redes sociales o portales webs fue pensado en esta tensión: un trabajo posterior reclama un estudio pormenorizado que vincule los efectos que la prensa local puede ejercer sobre el honor y el nombre (“*ser alguien*”) de un actor social ante un caso resonante.

Bibliografía

Alba Vega, C.; Kruijt, D. (2007). Viejos y nuevos actores violentos en América Latina: temas y problemas. *Foro Internacional*, XLVII (3), 485-516.

Auyero, J. y Berti, M. F. (2013). *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*. Buenos Aires: Katz.

Bourdieu, P. (2002). *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Calveiro, P. (2006). Los usos políticos de la memoria. En Caetano, G. (Comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp. 349-374). Buenos Aires: CLACSO.

Da Matta, R. (1983). *Carnavais, balandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro: Zahar.

Daniel, C. (2013). *Números públicos: las estadísticas en Argentina (1990-2010)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Delgado, M. (2008). *Miedo al gueto. (O porqué se procura evitar la concentración excesiva de pobres)*. Barcelona: Ediciones Universidad de Barcelona.

Fillieule, O. y Tartakowsky, D. (2015). *La manifestación: Cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gamallo, L. y Rebón, J. (2013). La violencia colectiva en la Argentina reciente. *Anuari del conflicte social*, 3, 665-697. Recuperado de <http://revistes.ub.edu/index.php/ACS/article/view/10353/13145>

Galar, S. (2015). *Espacios públicos locales e inseguridad: Reconfiguraciones a partir de casos conmocionantes en capitales provinciales (La Plata y Mendoza 2005-2013)* (Tesis de doctorado). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1232/te.1232.pdf>

Genoud, D. El pueblo en el que nunca podía pasar nada. *Revista Crisis*, 1, 22-29.

Hannerz, U. (1993). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kuri Pineda, E. E. (2013). Representaciones y significados en la relación espacio-sociedad: una reflexión teórica. *Revista Sociológica*, 28 (78), 69-98.

Le Bon, G. (1986). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata.

Lobato, M. (2011). *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos.

Masetti, A. (2004). ¿Protesta o lucha de clases? La idea de "conflictividad social" en las teorías de los movimientos sociales. *Laboratorio de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad*, 6 (15), pp. 20-27.

Mauger, G. (2007). *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*. Buenos Aires: Antropofagia.

Merklen, D. (2010). ¿Buenas razones para quemar libros? Un estudio exploratorio sobre la quema de bibliotecas barriales en Francia. *Apuntes de investigación*, 16-17, 57-76.

Neiburg, F. (2003). El 17 de Octubre en la Argentina. Espacio y producción social del carisma. En Rosato, A, y Balbi, F. (eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires: Antropofagia.

Pérez, V. y Rebón, J.(2011). *Tiempo de estallidos. La disconformidad de los pasajeros de trenes urbanos*. (Documento de trabajo N° 57). Buenos Aires: Instituto de Investigación Gino Germani.

Prévô-Schapira, M. F. (2001). Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Perfiles Latinoamericanos*, 9 (19), 33-56.

Ramos Mejía, J. M. (1952). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.

Schuster, F. (comp.) (2006). *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003* (Documento de trabajo N° 48). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.

Segura, R. (2012). La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata. *Question*, 1 (35), 188-200. Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1545/1360>

Simmel, G. (1986a). *Sociología, tomo 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.

Simmel, G. (1986b). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Península.

Soja, E. (1985). *The spatiality of social life: Towards a Transformative Retheorisation, Social relations and spatial structures*. New York: St. Martin Press.

Sznol, F. E. (2007). Geografía de la resistencia. Protesta, formas de apropiación y transformaciones del espacio urbano en Argentina (1996-2006). *Theomai*, 15, 22-34. Recuperado de http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO15/ArtSznol_15.pdf

Taussig, M. (1996). *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Barcelona: Gedisa.

Wirth, L. (1964). *On Cities and Social Life*. Chicago: Chicago University Press.

Notas periodísticas

Marianetti, M. (22 de marzo de 2010). Una violenta pueblada conmocionó a Baradero. *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1246046-una-violenta-pueblada-conmociono-a-baradero>

Para Scioli Hubo infiltrados en la pueblada (22 de marzo de 2010). *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/ediciones-antiores/scioli-sostiene-disturbios-infiltrados_0 Hkugp1D0TYL.html

Rebelión popular en Baradero tras la muerte de dos jóvenes (21 de marzo de 2010). *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/ediciones-antiores/rebelion-popular-baradero-muerte-jovenes_0 By6fJlvA6Fe.html